

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



LA NOCHE OSCURA DE LA FE

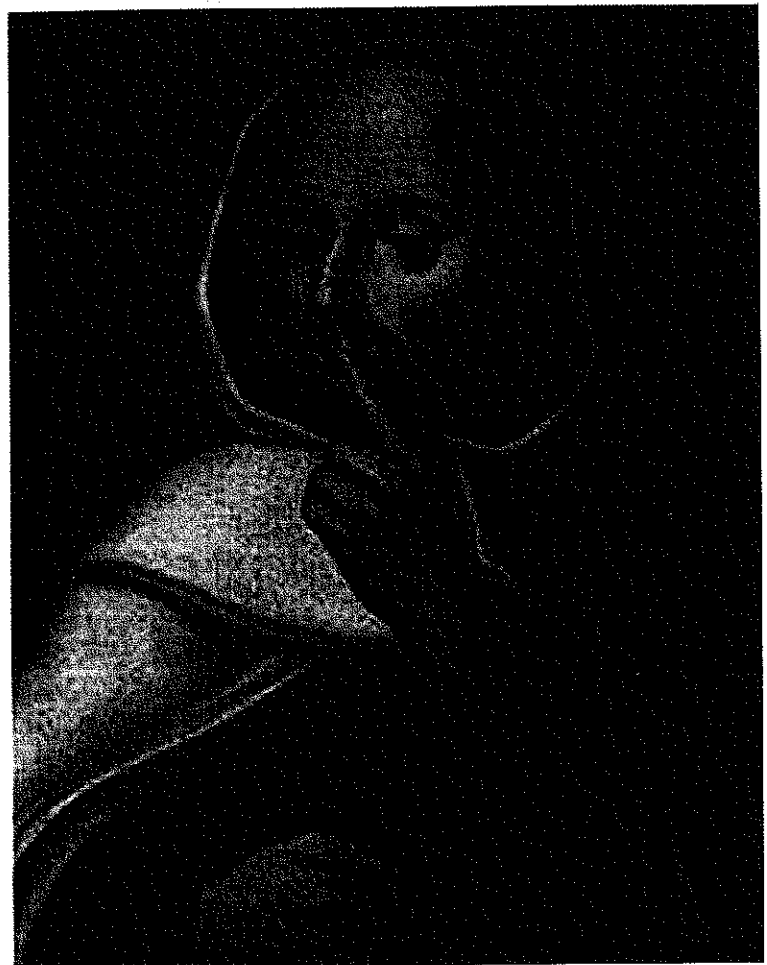
Teresa de Lisieux:
«una espesa niebla»

La noche oscura
de la fe según san
Juan de la Cruz

Madre Teresa de
Calcuta: «Sonreírle
incluso a Jesús»

Segundo Encuentro
Nacional de Schola
Cordis Iesu

In memoriam
Ramón Gelpí



¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti, clamando, y eras ido.

Año LXX- Núm. 981
Abril 2013

SAN JUAN DE LA CRUZ:
Cántico espiritual

La noche oscura de la fe según san Juan de la Cruz¹

MARTÍN F. ECHAVARRÍA

**El símbolo de la «noche»
está estrechamente
ligado a la fe**

EN este artículo abordaremos el tema de la fe a la luz de la «noche oscura» de san Juan de la Cruz. El tema es tratado por nuestro autor en sus escritos espirituales en modo amplio y profundo. Resulta imposible resumirlo haciéndole justicia. Nos limitamos, pues, aquí a hacer una síntesis que no puede ser sino superficial, pero con la intención de despertar el interés por la lectura directa de este gran autor, santo y doctor.

El símbolo de la «noche» está estrechamente ligado a la fe. La fe es oscura. Si bien el acto de fe alcanza a Dios, en cuanto lo tiene por objeto, no nos hace aún verlo. Así lo dice explícitamente san Juan de la Cruz:

«Por tres razones podemos decir que se llama noche este tránsito que hace el alma a la unión con Dios.

»La primera, por parte del término donde el alma sale, porque ha de ir careciendo del apetito de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas; la cual negación y carencia es como noche para todos los sentidos del hombre.

»La segunda, por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento, como noche.

»La tercera, por parte del término adonde va, que es Dios, el cual, ni más ni menos, es noche oscura para el alma en esta vida».²

La fe es el medio para llegar a la unión con Dios. Esta fe es, evidentemente, la fe viva, es decir unida a la caridad. Sin fe no hay en esta vida contemplación cristiana. San Juan de la Cruz enseña que por la fe recibimos la triple acción jerárquica de Dios, de la que hablaba el Pseudo Dionisio Areopagita: la purificación, la iluminación y la unión. En línea

1. Quiero expresar mi gratitud por los cursos recibidos durante años sobre la obra de san Juan de la Cruz al P. Ignacio Andereggen, a cuyo magisterio debo mi formación espiritual y de quien he aprendido la mayoría de las cosas que expongo en este artículo. Los defectos se deben atribuir, en cambio, exclusivamente a mi limitada comprensión de esta materia.

2. *Subida del Monte Carmelo*, c. 2, 1.

con Hugo de Balma,³ san Juan de la Cruz relaciona esta «triple vía» (vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva) con las tres etapas del desarrollo de la vida interior: la de los principiantes, la de los aprovechados o adelantados en la vida espiritual y la de los perfectos. Si bien de alguna manera toda la vida en este mundo es en cierta manera «noche» en la medida en que no vemos a Dios, se llaman más especialmente «noche» algunos momentos especiales en el desarrollo espiritual, momentos de paso de una etapa a otra: la «noche del sentido», que se da en el pasaje de la etapa de principiantes a la de adelantados, y la noche del espíritu, que se da en el paso de los adelantados a la perfección cristiana. San Juan de la Cruz lo expresa con estas palabras:

«[...] para que un alma llegue al estado de perfección, ordinariamente ha de pasar primero por dos maneras principales de noches, que los espirituales llaman purgaciones o purificaciones del alma, y aquí las llamamos *noches*, porque el alma, así en la una como en la otra, camina como de noche, a oscuras.

»La primera noche o purgación es la de la parte sensitiva del alma [...]. Y la segunda es de la parte espiritual [...].

»Y esta primera noche pertenece a los principiantes al tiempo que Dios los comienza a poner en el estado de contemplación, de la cual también participa el espíritu, como veremos.

»Y la segunda noche o purificación pertenece a los ya aprovechados, al tiempo que Dios los quiere ya poner en estado de la unión con Dios; y esta es más oscura y tenebrosa y terrible purgación, según se dirá después».⁴

La purificación de las noches es necesaria para el progreso espiritual

EN este párrafo se dice algo muy importante, para llegar «al estado de perfección», al que todos los cristianos estamos llamados (Mt 5, 48, *Lumen gentium*, 11), y que es el sentido de la vocación que nos ha sido dada en el bautismo, el alma «ha de pasar primero por dos maneras principales de

3. Hugo de Balma, *Teología mística o Sol de contemplativos*, c. 2. cf. también el clásico anterior de san Buenaventura, *De triplici via*.

4. *Subida del Monte Carmelo*, c. 1, 1-3.

noches». La purificación de las noches no es algo que competa exclusivamente a carmelitas o religiosos en general, sino que es algo que es necesario para el progreso espiritual en cualquier estado de vida. Y esto por motivos estructurales. Las dos noches, del sentido y del espíritu, responden a la estructura íntima del alma humana, en la que, siguiendo la filosofía aristotélico-escolástica, se puede distinguir un conjunto de potencias cognoscitivas y apetitivas de orden sensitivo («parte sensitiva») y otro de potencias espirituales («parte intelectual»). En lenguaje escolástico se llaman sensitivas aquellas facultades cognoscitivas y afectivas que tienen como objeto las cualidades particulares de los cuerpos: sentidos externos, imaginación, cogitativa, memoria sensorial, apetitos sensitivos (concupiscible e irascible). Son todas facultades que el ser humano tiene, si bien de un modo propio suyo, en común con los animales, y que se ubican en órganos corporales. Se llama en cambio «parte intelectual» o «mente» (*mens*) a las potencias del alma que son espirituales, como, para san Juan de la Cruz, la memoria espiritual,⁵ la inteligencia y la voluntad.

La noche oscura del sentido, que según san Juan de la Cruz «acaee a muchos» está dirigida a purificar de sus vicios a la parte sensitiva de manera que sea dócil a la guía de la razón iluminada por la fe. Propio del hombre es vivir según la razón. Sin embargo, quien vive atrapado por el desorden de sus pasiones, que siempre va acompañado del desorden de su imaginación, no vive de modo ple-

5. Si bien santo Tomás dice que la memoria intelectual no es una potencia distinta del entendimiento, sino que el mismo entendimiento, en cuanto capaz de retener la semejanza inteligible de las cosas se llama memoria, en algún lado acepta que en un sentido lato se llame potencia a la memoria intelectual; cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *In I Lib. Sententiarum*, dist. III, q. 4, a. 1, in c: «Toda propiedad consiguiente a la esencia del alma según su naturaleza, se llama aquí potencia del alma, sea o no sea para operar. Puesto que la naturaleza del alma es receptiva en cuanto tiene algo de posibilidad, porque todo lo que tiene el ser recibido de otro es posible en sí, como prueba Avicena en el l. *De intellig.*, cap. IV, y no está impresa en un órgano corporal, por tener una operación separada del cuerpo, el entender, se sigue de ella cierta propiedad para retener lo que en ella se imprime. De allí que se diga en III *De Anima*, que el alma es el lugar de las especies, pero no toda ella, sino el entendimiento. Esta virtud de retener se llama aquí la potencia de la memoria. [...] Y de acuerdo con esto son tres potencias distintas entre sí la memoria, la inteligencia y la voluntad.» Si se deja de lado el ánimo de polemizar, el espíritu de tensión dialéctica (que corresponde al *spiritus vertiginis*, del que hablaremos en breve) y el afán de originalidad, y se lee a estos autores desde una mentalidad eclesial, es decir, espiritualmente, son profundamente compatibles en este punto la doctrina de san Agustín, santo Tomás y san Juan de la Cruz.

namente humano, ni mucho menos, por lo mismo, cristiano. La noche oscura del espíritu, por su parte, se dirige a purificar la *pars intellectiva* para unirla con Dios.⁶ Una vez purificada la parte sensitiva, es necesario purificar también la parte intelectual, pues el desorden humano tiene su raíz en el espíritu, aunque pueda tener sus consecuencias más notables en la «carne». No basta con vivir racionalmente, aunque sea a la luz de la fe ejercida a modo humano. Es necesario purificar a la misma razón para una unión que trasciende todo lo creado, incluso la capacidad puramente natural de la inteligencia, que no deja de ser una criatura. Esta purificación se da por la fe que funciona de modo espiritual en cuanto es perfeccionada por los dones intelectuales del Espíritu Santo.

La «noche activa» y la «noche pasiva»

EN qué consisten estas noches? Se suele distinguir una «noche activa» de una «noche pasiva». La primera sería aquella de la que san Juan de la Cruz trata en *Subida del Monte Carmelo* y la segunda, en *Noche oscura*. La noche activa es la actividad ascética que el cristiano debe realizar para desprenderse del apego desordenado a las cosas creadas, y tener el espíritu libre para Dios. Se trata de disponerse para pasar de la «nada» que las criaturas son por sí mismas, al «Todo» que es Dios.⁷ La noche pasiva en cambio, es lo que Dios hace en el alma, recibiendo ella pasivamente. Esto que hace Dios es, radicalmente, infundir la contemplación. Es decir, lo que técnicamente se llama «contemplación infusa». Esto nos muestra un

6. Cf. *Noche oscura*, l. 1, c. 8: «Esta noche, que decimos ser la contemplación, dos maneras de tinieblas causa en los espirituales o purgaciones, según las dos partes del hombre, conviene a saber, sensitiva y espiritual.

Y así, la una noche o purgación será sensitiva, con que se purga el alma según el sentido, acomodándolo al espíritu; y la otra es noche o purgación espiritual, con que se purga y desnuda el alma según el espíritu, acomodándole y disponiéndole para la unión de amor con Dios. La sensitiva es común y que acaee a muchos, y éstos son los principiantes, de la cual trataremos primero; la espiritual es de muy pocos, y éstos ya de los ejercitados y aprovechados, de que trataremos después.»

7. Las expresiones que utiliza san Juan de la Cruz, a pesar de parecer osadas, tienen un estricto fundamento metafísico. Santo Tomás dice que por sí mismas las criaturas no son nada, pues todo lo que tienen viene de Dios. Por eso, santo Tomás recuerda, siguiendo a san Juan Damasceno, la *vertibilitas in nihil* de todas las cosas dejadas a sí mismas (*De veritate*, q. 5 a. 2 s.c. 5). Por otro lado, de la metafísica de la participación se sigue que las criaturas tienen por creación «parte» de la plenitud que Dios tiene, en modo trascendente, como «Todo».

uso analógico de la palabra *noche*. Ésta se predica principalmente de la noche pasiva, antes que de la noche activa, y se predica primero de la noche del espíritu, antes que de la del sentido. Por lo tanto, la noche oscura por excelencia es, para san Juan de la Cruz, la noche oscura pasiva del espíritu.

¿Por qué hay que pasar por estas noches? Porque la esencia del mensaje cristiano es la divinización.⁸ Dios nos llama a la deificación, a ser «dioses por participación». Dos obstáculos hay a esta divinización. El primero, la distancia infinita entre el Creador y la criatura, que supone por parte de esta última una transformación radical. En segundo lugar, el pecado, tanto original como personal. En efecto, antes del pecado personal, las fuerzas sensitivas estaban sujetas a la razón y ésta a su vez lo estaba a Dios. En esto consistía el estado de santidad y justicia original. El pecado conllevó la pérdida del estado de justicia original y, por consiguiente, la dislocación de la vida interior del ser humano: el espíritu dejó de estar sometido a Dios (aversión a Dios), y el apetito sensitivo, desobediente a la razón, se dejó dominar por el deseo de posesión de las cosas creadas (conversión a la creatura; «*concupiscentia*».)⁹ Las dos noches vienen justamente a sanar esta enfermedad del espíritu.

La noche del sentido acaece a los principiantes. ¿Quiénes son estos? No son principiantes quienes «van de pecado mortal en pecado mortal». Son, en cambio, cristianos serios, que no caen en pecado mortal, quieren crecer en el amor a Dios, practican las virtudes, reciben los sacramentos con frecuencia, tienen dirección espiritual, etc. Los principiantes son con frecuencia fervorosos, y las cosas

8. Cf. J. G. Arintero, *Evolución mística*, Editorial San Esteban, Salamanca 1989, p. 27: «Esta *deificación*, o *thopoesis*, tan celebrada de los Padres —aunque hoy, desgraciadamente, muy echada en olvido—, es el punto central de la vida cristiana, que debe ser toda ella un continuo progreso, y tan portentoso, que tenga por término una perfección verdaderamente divina; puesto que debemos llegar a asemejarnos a Dios como un hijo a su padre: ‘Sed perfectos, como vuestro Padre celestial’ (Mt 5, 48). Esto se dice a los hijos del reino, que, por lo mismo, lo son ya de Dios». El P. Ramière conecta con profundidad la divinización con el culto al Sagrado Corazón con estas palabras: «La función propia del corazón es conservar la vida. Por eso, no hay duda que nuestro Salvador, exhortándonos a honrarle bajo el emblema de su Sagrado Corazón. Por eso se deriva esta devoción de la esencia misma de la religión cristiana. ¿Qué nos enseña ésta? Que, en virtud de la Encarnación del Hijo de Dios, todos los hombres están llamados a vivir una vida verdaderamente divina, cuyo principio es el Hombre-Dios. Éste, después de haberlos santificado en la tierra, les hará gozar en el cielo de la felicidad de Dios.»

9. Santo Tomás de Aquino, *Suma de teología*, I-II, q. 82, a. 3.

espirituales les resultan sabrosas y fáciles. Esto se debe a que Dios les hace la gracia de adaptarse a su modo muy sensible de experimentar las cosas.¹⁰ Pero, a causa de sus defectos, que son numerosos, llevan adelante su vida espiritual con mucha imperfección, a pesar de que ellos muchas veces creen ser ya santos.¹¹ Detrás de muchas obras de aparente santidad y perfección de los principiantes, está el amor propio y el apego al propio gusto.¹² San Juan de la Cruz describe los defectos de estos principiantes con mucha perspicacia psicológica, que no tiene nada que envidiar, sino todo lo contrario, a los llamados «maestros de la sospecha» (Nietzsche, Marx y Freud). La diferencia radical entre el

10. *Noche oscura*, L. I, c. 1: «Es, pues, de saber, que el alma, después que determinadamente se convierte a servir a Dios, ordinariamente la va Dios criando en el espíritu y regalando, al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual al calor de sus pechos le calienta, y con leche sabrosa y manjar blando y dulce le cría, y en sus brazos le trae y le regala; pero a medida que va creciendo, le va la madre quitando el regalo, y escondiendo el tierno amor, pone el amargo acíbar en el dulce pecho, y abajándole de sus brazos, le hace andar por su pie, para que, perdiendo las propiedades de niño, se dé a cosas más grandes y sustanciales. La amorosa madre de la gracia de Dios, luego que por nuevo calor y hervor de servir a Dios reengendra al alma, eso mismo hace con ella; porque la hace hallar dulce y sabrosa la leche espiritual sin ningún trabajo suyo en todas las cosas de Dios, y en los ejercicios espirituales gran gusto.»

11. *Ibidem*: «Por tanto, su deleite halla en pasarse grandes ratos en oración, y por ventura las noches enteras; sus gustos son las penitencias; sus contentos, los ayunos, y sus consuelos, usar de los sacramentos y comunicar en las cosas divinas. En las cuales cosas (aunque con gran eficacia y porfía asisten a ellas y las usan y tratan con grande cuidado los espirituales), hablando espiritualmente, comúnmente se han muy flaca e imperfectamente en ellas. Porque como son movidos a estas cosas y ejercicios espirituales por el consuelo y gusto que allí hallan, y como también ellos no están habilitados por ejercicios de fuerte lucha en las virtudes, acerca de estas sus obras espirituales tienen muchas faltas e imperfecciones; porque, al fin, cada uno obra conforme al hábito de perfección que tiene.»

12. *Ibidem*, c. 8: «Pues como el estilo que llevan estos principiantes en el camino de Dios es bajo y que frisa mucho con su propio amor y gusto, queriendo Dios llevarlos adelante [...], ya que se han ejercitado algún tiempo en el camino de la virtud, perseverando en meditación y oración [...], cuando más a su sabor y gusto andan en estos ejercicios espirituales, y cuando más claro a su parecer les luce el sol de los divinos favores, oscuréceles Dios toda esta luz y ciérrales la puerta y manantial de la dulce agua espiritual que andaban gustando en Dios todas las veces y todo el tiempo que ellos querían, porque, como eran flacos y tiernos, no había puerta cerrada para ellos, como dice san Juan en el Apocalipsis (3, 8), y así los deja tan a oscuras que no saben por dónde ir con el sentido de la imaginación y el discurso.»



enfoque de aquéllos y de éste, está en el espíritu. San Juan de la Cruz pone a la luz los defectos de los cristianos para que éstos los sanen a la luz de la fe; aquellos, en cambio, para destruir la religión, y, por lo tanto, impidiendo el único remedio posible a los males que aquejan al alma humana. Los principiantes tienen muchos defectos. Nuestro autor los va describiendo muy detalladamente siguiendo el orden de los siete vicios capitales, que en ellos se dan de un modo sublimado en forma de una versión espiritualizada de tales vicios (gula espiritual, lujuria espiritual, envidia espiritual, etc.). La exposición de estos temas en san Juan de la Cruz de por sí daría para un interesantísimo artículo de psicología espiritual.

La noche del sentido

SAN Juan de la Cruz pone tres señales de que alguien está entrando en la noche del sentido:

1) «La primera es si, así como no haya gusto ni consuelo en las cosas de Dios, tampoco le halla en alguna de las cosas criadas». ¹³ El alma entra en una especie de «sequedad» por la cual no siente atracción sensible, ni por las cosas espirituales, ni por las mundanas. Si sintiera atracción por éstas, y aversión a las de Dios, se trataría simplemente del

efecto del pecado, e incluso específicamente del pecado de acedia. Se trata, en cambio, de una involuntaria desafección por todas las cosas, que en el fondo hasta ahora experimentaba de un modo muy bajo. La persona identificaba sus afecciones sensibles frente a las cosas divinas, con la vida espiritual profunda. Al perder esto, le parece que ya no tiene vida espiritual. Y esta es la segunda señal:

2) «La segunda señal [...] es que ordinariamente trae la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no sirve a Dios, sino que vuelve atrás, como se ve en aquel sinsabor en las cosas de Dios. Y en esto se ve que no sale de flojedad y tibieza este sinsabor y sequedad; porque de razón de la tibieza es no se le dar mucho ni tener solicitud interior por las cosas de Dios». ¹⁴ La persona está preocupada y triste porque piensa que no sirve a Dios, mientras que antes sí lo hacía. En realidad ha progresado, está progresando, y dejando un modo más bajo y humano de trato con Dios, pero todavía no ha tomado conciencia de ello.

3) «La tercera señal [...] es el no poder ya meditar ni discurrir en el sentido de la imaginación como solía, aunque más haga de su parte; porque como aquí comienza Dios a comunicársele no ya por el sentido, como antes hacía por medio del discurso que componía y dividía las noticias, sino por el espíritu puro, en que no cae discurso sucesivamente, comunicándosele con acto de sencilla contemplación, la cual no alcanzan los sentidos de la parte inferior, ni exteriores ni interiores; de aquí es que la imaginativa y fantasía no pueden hacer arrimo en alguna consideración ni hallar en ella pie ya de ahí en adelante.» ¹⁵ Esta señal, nos dice allí mismo, hay que ver que no proceda «de un mal humor», es decir de un trastorno orgánico. No es una depresión endógena, ni una neurastenia, ni ningún fenómeno patológico. Es, por el contrario, consecuencia del inicio de la contemplación infusa, que no viene desde fuera hacia dentro, sino desde el interior: es infundida por Dios. Los sentidos internos, ante esta contemplación nueva, desconocida, oscura, y demasiado íntima para que ellos la alcancen, quedan girando en el vacío, no encuentran objeto. Por eso, la persona se siente confundida y no le resulta posible meditar, tal como solía. Por ello, éstos no deben esforzarse por meditar, sino dejar «estar el alma en sosiego y quietud, aunque les parezca claro que no hacen nada y pierden el tiempo, y aunque les parezca que por su flojedad no tienen gana de pensar allí nada, que hartos harán en tener paciencia y en perseverar en la oración sin hacer ellos nada; sólo lo que aquí han de hacer es dejar al alma libre

13. *Ibidem*, c. 9.

14. *Ibidem*.

15. *Ibidem*.

y desembarazada y descansada de todas las noticias y pensamientos, no teniendo cuidado allí de qué pensarán ni meditarán, contentándose sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios y estar sin cuidado, sin eficacia y sin gana de gustarle o de sentirle. Porque todas estas pretensiones inquietan y distraen al alma de la sosegada quietud y ocio suave de la contemplación que aquí se da». ¹⁶ La meditación, como el discurso, es un medio para llegar a un fin. La noticia sutil y serena de Dios es ese fin. Allí corresponde el reposo contemplativo y no el movimiento. Tal movimiento haría alejarse del fin ya presente y adelantado en la contemplación infusa.

En otro lado, refiriéndose a este momento de la vida espiritual, dice que los tres enemigos del alma son ella misma, el demonio y... el maestro espiritual. ¹⁷ Muchos de estos, ignorando otro modo de oración que no sea la meditación, que se basa en el propio esfuerzo y en el ejercicio de las facultades sensoriales internas, opinan que estas almas «no hacen nada», y las obligan a meditar:

«[...] grandemente le conviene al alma que quiere ir adelante en el recogimiento y perfección mirar en cuyas manos se pone, porque cual fuere el maestro, tal será el discípulo, y cual el padre, tal el hijo. Y adviértase que para este camino, a lo menos para lo más subido de él, y aun para lo mediano, apenas se hallará una guía cabal [...].

»De esta manera muchos maestros espirituales hacen mucho daño a muchas almas, porque, no entendiéndolos las vías y propiedades del espíritu, de ordinario hacen perder a las almas la unción de estos delicados ungüentos con que el Espíritu Santo les va ungiendo y disponiendo para sí, instruyéndolas por otros modos rateros que ellos han usado y leído por ahí, que no sirven más que para principiantes; que no sabiendo ellos más que para éstos, y aun eso plega a Dios, no quieren dejar las almas pasar (aunque Dios las quiera llevar) a más allá de aquellos principios y modos discursivos e imaginarios, para que nunca excedan y salgan de la capacidad natural, con que el alma puede hacer muy poca hacienda.

16. *Ibidem*, c. 10.

17. Hoy deberíamos agregar, entre estos enemigos, a los psicólogos y psiquiatras, que opinarán con mucha facilidad que esta persona tiene un problema psicológico o incluso psiquiátrico, llámeselo depresión, ansiedad, astenia, bradipsiquia, confusión mental, escrupulosidad obsesiva, o lo que esté de moda. No sería raro, incluso, que sea el maestro espiritual, que no consigue que la persona se aclare y medite, la que dirija a la persona hacia los profesionales de la salud mental, que, por supuesto, de esto entienden mucho menos que el mismo director espiritual, maestro de novicios o superior religioso.

»[...]

»Porque ¡cuántas veces está Dios ungiendo al alma contemplativa con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria, muy ajena del sentido y de lo que se puede pensar, con la cual no se puede meditar, ni pensar en cosa alguna [...] y vendrá el maestro espiritual que no sabe sino martillar y macear con las potencias como un herrero, y porque él no enseña más que aquello y no sabe más que meditar, dirá: ¡Andá, dejaos de esos reposos, que es ociosidad y perder tiempo, sino tomá y medita y hacé actos interiores, porque es menester que hagáis de vuestra parte lo que en vos es, que esotros son alumbramientos y cosas de bausanés!» ¹⁸

Los adelantados en la vida espiritual

PASADA esta noche del sentido, por la que el alma crece en humildad y en el conocimiento de la grandeza de Dios, así como en todas las virtudes, entra en la etapa de los adelantados en la vida espiritual. Ésta es, según san Juan de la Cruz, la «vía iluminativa o de contemplación infusa». ¹⁹ San Juan de la Cruz dice que en algunos en la misma noche del sentido se da una especie de anticipación de la purgación del espíritu. En éstos, además de lo dicho, se dan otros fenómenos de purificación con causa preternatural, lo que está indicado por la palabra «espíritus», que indica que tales experiencias tienen una espiritual causa exterior a la propia alma. A veces se sufren fuertes tentaciones imaginativas en materia sexual (*espíritu de fornicación*); en otros casos puede aparecer el *espíritu de blasfemia*, por el que aparecen tan fuertemente a la imaginación «intolerables blasfemias» que «casi se las hace pronunciar», sin culpa alguna por parte del sujeto que padece estas obsesiones espirituales; también puede aparecer el «*spiritus vertiginis*» (*espíritu de vértigo*), que consiste en el surgimiento de escrúpulos y complicaciones mentales que dejan a la persona perpleja. ²⁰ Todos estos fenómenos se ordenan a la purificación del alma.

Después de la noche del sentido, la persona es dueña de sí, a la luz de la fe, y entra en una etapa en la que se siente confortada interiormente por Dios y recibe muchas iluminaciones. Se trata de personas que habitualmente son reconocidas como buenos cristianos por su entorno, comprometidos y que muchas veces tienen la responsabilidad de dirigir y formar a otros, según los distintos estados

18. *Llama de amor viva*, Canción III, verso 3, párrafo 2.

19. *Noche oscura*, L. 1, c. 14.

20. *Ibidem*.

de vida. Éstos, que han purificado sus sentidos y apetitos sensitivos para someterlos a la razón, sin embargo, todavía tienen muchos defectos e imperfecciones espirituales de los que se deben purificar. La base de todo esto es que sus actos de virtud están todavía hechos principalmente de un modo humano. Todavía les falta una entrega total a Dios para que sea Él el que obre todo en ellos. San Juan de la Cruz enumera varias imperfecciones de los «aprovechados», que divide en imperfecciones habituales e imperfecciones actuales. «Las habituales son las aficiones y hábitos imperfectos que todavía, como raíces, han quedado en el espíritu, donde la purgación del sentido no pudo llegar».²¹ Por eso, a pesar de la purgación de la noche del sentido, en estas personas quedan «las manchas del hombre viejo» que sólo Dios puede limpiar, y la superficialidad del juicio (*hebetudo mentis*), y «la rudeza natural que todo hombre contrae por el pecado, y la distracción y exterioridad del espíritu». Además de la imperfección en la virtud (imperfecciones habituales), están las imperfecciones actuales. San Juan de la Cruz pone el acento en el peligro de que los adelantados se confundan y ensorberzcan con iluminaciones interiores, tanto las que aparecen a la imaginación como a la inteligencia:

«Porque aquí hace el demonio a muchos creer visiones vanas y profecías falsas; aquí en este punto les procura hacer presumir que habla Dios y los santos con ellos, y creen muchas veces a su fantasía. Aquí los suele llamar el demonio a presunción y soberbia, y, atraídos de la vanidad y arrogancia, se dejan ser vistos en actos exteriores que parezcan de santidad, como son arrobamientos y otras apariencias».²²

La noche del espíritu

ESTO que san Juan de la Cruz dice de fenómenos pseudomísticos, se puede dar también de otras maneras más intelectuales, como la terquedad en el propio criterio. San Juan de la Cruz dice que los defectos de estos adelantados, «son más incurables por tenerlas ellos más espirituales que las primeras», y si no se sanan se distorsiona la propia vida espiritual y la ajena de un modo sutil y profundo, porque es mucho más espiritual que el modo de tentación del vicio carnal. Es por ello de capital necesidad para la purificación de estos defectos y para llegar a la unión con Dios, entrar en la noche del espíritu, que tiene como causá la intensificación de

la infusión de la contemplación. De modo análogo, pero más radical, que en la noche del sentido, esta intensificación de la contemplación produce, en un alma no dispuesta todavía perfectamente a ello, una gran crisis interior. Pues aquí, lo que es oscurecido no es el sentido, sino la misma «parte intelectual». Lo que era oscuridad para el sentido, era luz para la inteligencia, y en ese sentido, en el fondo de la crisis de la noche del sentido, latía una iluminación clara. Aquí, en cambio, se trata de vivir a fondo la noche de la fe, que purifica a la inteligencia de sus imperfecciones espirituales y de su debilidad natural. San Juan lo dice con estas palabras magistrales:

«Esta noche oscura es una influencia de Dios en el alma, que la purga de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos contemplación infusa, o mística teología, en que de secreto enseña Dios al alma y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo es esta contemplación infusa».²³

San Juan de la Cruz explica que, a pesar de que la contemplación es en sí misma luminosa, resulta para el alma, no sólo oscura, sino también penosa. En primer lugar, por la altura de Dios y en segundo lugar por la bajeza del alma. En este punto, cita a Aristóteles cuando dice que nuestro ojo respecto de las cosas divinas es como el ojo del ave nocturna (la lechuza, dice nuestro autor) respecto de la luz del día, y al Pseudo-Dionisio que dice de la luz de Dios que es «rayo de tiniebla». Cuando la luz de Dios es infundida en el alma, ésta lo primero que ve con más claridad es su miseria y la multitud de sus defectos, y esto la hace sufrir y penar. Aquí san Juan de la Cruz trae muchas citas de la Sagrada Escritura sobre el sufrimiento del justo, como Job, expresando un sufrimiento espiritual tan profundo que algunos parecen llegar a desear la muerte. Por momentos parecen verse reflejadas algunas reflexiones del existencialismo sobre la angustia y la desesperación. Pero, si en algo se parecen estas descripciones, será porque el existencialismo tiene su raíz al nivel de una falta de purificación del espíritu, incluso de una caída en esta etapa de la vida espiritual. Quien pasa verdaderamente la noche del espíritu, en cambio, no está desesperado, sino que justamente está purificando su alma según las tres virtudes teologales, que tienen por objeto a Dios mismo, y por ello, esta noche no es sólo la noche de la fe, sino de la esperanza. En *Subida del Monte Carmelo*, san Juan de la Cruz atribuye la purificación de cada una de estas virtudes, a cada una de las potencias del espíritu: la fe, al entendi-

21. *Ibidem*, L. 2, c. 2.

22. *Ibidem*.

23. *Ibidem*, c. 4.

miento, la caridad, a la voluntad, y la esperanza a la memoria.²⁴ Quien pasa por la noche oscura del espíritu, está firmemente aferrado a su fe y a su esperanza, y este progreso no es sino movido por la caridad, a la que se asocia el don de sabiduría del Espíritu Santo. Y, si bien la vivencia interior de este momento es muy dura, es también verdad que se da en la profundidad del espíritu, y por lo tanto puede no ser percibida exteriormente. En el fondo, sin embargo, oscuramente, brilla la luz de Dios, que terminará de eclosionar al superarse la noche

24. Si bien santo Tomás pone la esperanza en la voluntad, y no habla de un efecto suyo en la memoria espiritual, san Buenaventura dice que la esperanza se puede atribuir tanto a la potencia afectiva como a la memoria; cfr. S. BUENAVENTURA, *In III Sententiarum*, dist. 26, a. 2, q. 5 ad 4: «Y porque la imagen de la recreación más se tiene por la parte afectiva, por ellos hay dos virtudes que están en la parte afectiva total y principalmente, la esperanza y la caridad. Y la virtud de la esperanza reformando la potencia irascible, que es una potencia afectiva, como consecuencia reforma a la memoria, que en el acto comunica con ella, es decir, en el acto de tener. Y por ello no es necesario colocar a la esperanza en la memoria como en su sujeto propio» Así explica esta conexión I. ANDEREGGEN, *Contemplación filosófica y contemplación mística: desde las grandes autoridades del siglo XIII a Dionisio Cartujano (s. XV)*, EDUCA, Buenos Aires 2002, p. 175: «Buenaventura, como hemos visto, conecta el aspecto irascible de la voluntad con la memoria. En el orden sobrenatural la esperanza en primer lugar reforma la voluntad y radica en ella, pero *consecuentemente* reforma también la memoria en su aspecto intelectual. Es decir, la conciencia afectiva de la que hablamos es *también* conciencia intelectual, pero con primacía sobrenatural del acto de la voluntad sobre la inteligencia. El acto de la memoria entendido como referencia constante del sujeto a sí mismo garantiza el pasaje de la conciencia intelectual de nivel natural a la conciencia afectiva de nivel sobrenatural gratuito, y la repercusión de esta conciencia afectiva, a su vez, en la conciencia intelectual.

En este sentido la memoria adquiere una nueva significación. Es la 'mente' de la que habla san Agustín, o el fondo del alma del que hablarán los místicos posteriores a Buenaventura. Es decir *toda* el alma —y aun toda la persona— en cuanto conectada radicalmente con Dios y preparada en su ser para recibir el Ser mismo de Dios por la gracia y la gloria.»

del espíritu y alcanzar el estado de unión con Dios, preludeo del Cielo, que san Juan de la Cruz describe magníficamente en *Llama de amor viva* y *Cántico espiritual*. Pero esto es tema para otro artículo.

San Juan de la Cruz y santa Teresita

LA doctrina de san Juan de la Cruz es riquísima e imposible de resumir en un artículo breve. Nos da claves para comprendernos interiormente y también las situaciones en que como cristianos nos vemos envueltos. Es, como la llama Arintero, una verdadera «psicología pneumática»,²⁵ espiritual. Incluso se podría, cosa que san Juan de la Cruz no hace, hacer teología de la historia a la luz de su enseñanza sobre la noche oscura, pues, ¿qué duda cabe de que la Iglesia pasó inicialmente por una enorme tribulación por la persecución exterior, parangonable a la noche del sentido, para después pasar a unos siglos de «iluminación» y desarrollo magnífico? En nuestros días, por el contrario, parece que nos toca el momento de purificación (noche del espíritu). Pero sabemos con esperanza, que después de la noche del espíritu viene la plenitud de la unión con Dios.

La doctrina de san Juan de la Cruz podría parecernos en algunos puntos dura, e incluso tortuosa, especialmente si la comparamos con la simplicidad del «caminito» de la infancia espiritual de santa Teresita. En realidad, se trata de enseñanzas complementarias, como son las de todos los santos y doctores de la Iglesia. En el fondo, el secreto para superar todas estas noches es la entrega confiada y filial a las manos de Dios. No otra cosa dice san Juan de la Cruz. No se debe olvidar que la misma santa Teresita pasó una durísima noche al final de su vida, pero sobre todo que, como carmelita, es heredera y continuadora espiritual de la herencia de estos dos grandes santos que Dios, desde una España católica, le dio a la Iglesia: santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz.

25. *Op. cit.*, p. 153.

¿No se asemejan la Iglesia y la fe a un pequeño bote que naufraga y que lucha inútilmente contra el viento y las olas mientras Dios está ausente? Los discípulos, desesperados, sacuden al Señor y le gritan que despierte; pero Él parece asombrarse y les reprocha su escasa fe. ¿No nos ocurre a nosotros lo mismo? Cuando pase la tormenta reconoceremos qué absurda era nuestra falta de fe. Y, sin embargo, Señor, no podemos hacer otra cosa que sacudirte a ti, el Dios silencioso y durmiente y gritarte: ¡despierta! ¿no ves que nos hundimos? Despierta, haz que las tinieblas del Sábado Santo no sean eternas, envía un rayo de tu luz pascual a nuestros días, ven con nosotros cuando marchamos desesperanzados hacia Emaús, que nuestro corazón arda con tu cercanía. Tú que ocúltamente preparaste los caminos de Israel para hacerte al fin un hombre como nosotros, no nos abandones en la oscuridad, no dejes que tu palabra se diluya en medio de la charlatanería de nuestra época. Señor, ayúdanos, porque sin ti pereceríamos.

JOSEPH RATZINGER: meditación del Sábado Santo